

CATALUÑA HACIA EL CONGRÈS DE CULTURA

ERA demasiado lúcido Gabriel Ferrater, el poeta catalán que se suicidó en 1972, para no ser pesimista ante, parafraseando a Barral, los penitenciaros años cincuenta. Y más ante la extenuante agonía de la cultura catalana. Por eso Ferrater escribió un artículo con el título de **Madame se meurt**, y que publicó **Insula** en 1953. Llevado por un arrebato de pesimismo visceral, hablaba Ferrater en el papel de las escasas posibilidades de supervivencia que tenía entonces la cultura catalana. El poeta decía que la cultura catalana, su cultura, se estaba muriendo. El **leit motiv** del artículo era una conferencia que dio Paul Valery en Barcelona hacia 1928. Durante la conferencia, Valery advirtió de los peligros que corría una cultura que sólo se sustentaba en la poesía. Ferrater recordaba, citando a Valery, que la cultura occitana estaba muerta de haber sido sólo poesía. Que la castellana nació cuando el Rey Alfonso atendió al prosaico saber de musulmanes y judíos. Y que la catalana surgió cuando Arnau de Vilanova y Ramón Llull, hombres de acción, descubrieron la prosa. Para Gabriel Ferrater había un divorcio de muerte entre la vida cultural y científica, entonces casi reducida a la poesía, y la vida colectiva, la vida "total" de la sociedad catalana.

Desde que se publicara aquel papel han pasado veintidós años. Y también muchas cosas. La perspectiva ha cambiado de tal forma que artículos como el de Ferrater pueden parecernos ahora un canto fúnebre precipitado. Quizá, cuando se analicen lo que dieron de sí los años cincuenta, veremos que casi todo fue prematuro. También los análisis de gente tan rigurosamente lúcida como Ferrater. Y, sin embargo, el poeta tenía sus razones. No podía analizar lo que estaba latente, lo que se cultivaba en reducidos cenáculos, lo que era una decidida voluntad de supervivencia. Porque aquello no tenía nada que ver con lo que pasaba en la calle. Fuera, la lucha por la supervivencia física. Dentro, la lucha por la supervivencia moral. Ferrater veía lo dos ámbitos y su conclusión era que la cultura catalana estaba a un pie de la tumba. Pero el presente actual, todavía sin normalizar, que quede bien claro, tendría que demostrar-

nos que la cultura catalana no era más que una enorme serpiente enroscada hacia dentro que estaba pasando el invierno y que esperaba un verano para revivir.

¿Por qué **Madame** no se murió? La Historia parece confirmar que Cataluña, como entidad total y única, es más capaz de organizar su propia cultura que no de dar una respuesta política como pueblo. La cultura catalana parece tener más

absorbente—, Dinamarca, Hungría y Checoslovaquia.

Cataluña empieza a responder como pueblo, por lo menos "culturalmente". ¿De dónde viene esa voluntad en afirmar las "diferencias"? Es difícil dar una respuesta plausible a algo que, de momento, parece estar vinculado a unas razones históricas y psicológicas demasiado inmediatas. Pero es un hecho: Cataluña, a través de la prensa, a

Montserrat Roig

solidez y continuidad que otras culturas que sobreviven entre enormes dificultades, entre las cuales está la búsqueda de la propia identidad, culturas llamadas "minoritarias" como la bretona, la galesa, la occitana, etc. Otros pueblos han sabido rescatar sus raíces gracias a la independencia, como Irlanda —y no es buen ejemplo, porque la cultura inglesa es demasiado atractiva y

través de sus entidades más "democráticas", etc., empieza a desenroscarse ante un próximo verano. La reacción frente al famoso "No" de los concejales del Ayuntamiento de Barcelona, el reciente festival de Raimon, la Escola d'Estiu, la Universitat de Prada, etc., no son más que el tributo popular de la decidida voluntad de supervivencia de unos cuantos.



Raimon..., sin traumas externos, aunque, como sus compañeros de la "nova cançó", no estén con igualdad de condiciones en TVE, por ejemplo...

Ahora ya no se teme hacer el ridículo cuando se defiende la propia lengua. Hace diez años todavía podías ser acusado de "provinciano". No ha pasado tanto tiempo desde que el hablar en catalán en las asambleas del SDEUB era casi tanto como ser uno de los primeros cristianos surgidos de las catacumbas. Hay fenómenos, como la "nova cançó", que hace tiempo que han superado el ámbito estrictamente local. La "nova cançó" hoy ya no existe: existen bastantes cantantes catalanes que han normalizado lo que para Porter Moix y sus Setze Jutges era una necesidad casi fisiológica. Hoy, Raimon, Pi de la Serra, Ovidi Montllor, Guillermina Motta, Serrat, Llach, María del Mar Bonet o los de La Trinca cubren con un buen nivel cualitativo todos los campos de la canción. Sin traumas externos, aunque todavía no estén con igualdad de condiciones en TVE, por ejemplo. Pero eso ya es otra cuestión.

Han pasado muchos años, pues, desde el artículo de Ferrater. Muchos años desde las heroicas clases de Rubió Soldevila y Riba en sus domicilios y con los portales vigilados, desde los esfuerzos de Joan Triadó por organizar, en pleno desastre lingüístico, las primeras clases en catalán, cuando el Institut de Estudis Catalans se reunía en reducidos y casi perseguidos cenáculos intentando reconstruir lo que había estado vivo dentro del marco de la Generalitat, cuando Rubió, Aramon i Serra, Molas, etc., daban sus lecciones de alto nivel científico en los Estudios Universitaris Catalans porque les estaba vedado lo que más querían: la Universidad, cuando novelistas como Pedrol o la Capmany se obstinaban en demostrar que sí era posible escribir narrativa en una lengua que sólo parecía reservada a la poesía, cuando Sagarra era lo único que estaba vivo en el corazón casi muerto de la **menestralia** ciudadana... A duras penas toda esa gente, y más, intentaban recordar para nosotros, los que nacimos después de 1939, a los que se fueron, a Carner, a Casals, a Trueta, a lo mejor de nuestra tradición. Moll en Mallorca y Fuster en el País Valenciano eran la personificación de la memoria impertinente. Los que volvían, como Pere Quart, mantenían un espíritu de integridad moral casi olímpica. Espiritu salvaba

para las nuevas generaciones la fuerza de las palabras, conseguía el punto mágico entre la lengua literaria y el lenguaje popular. Allí estaba el almacén de una lengua que parecía morirse... O que intentaban convertir en poco más que una jerga doméstica. A finales de los cuarenta sólo se permitía editar en catalán los libros de autor muerto y con la graña antigua, anterior a las normas de Pompeu Fabra. La enseñanza estaba desmantelada, el lenguaje científico prácticamente no existía, la prensa rota, la arquitectura desvinculada de sus raíces... Nada reflejaba lo que había sido Cataluña antes. Y sólo estaba la memoria de los que se habían quedado entre las tinieblas para recordar. Ferrater reclamaba una cultura científica, total. Ferrater reclamaba una colectividad viva. Pero en 1953 estaban todavía las heridas abiertas, todavía había demasiados corsés para que pudiera analizar lo que había llevado a su cultura a una situación límite.

Tenían que pasar algunos años. Primero hacía falta afirmar la propia existencia. Luego organizarse, sentar las bases para el futuro. Pero antes era urgente tranquilizarse: todo pueblo necesita de la paz, de la salud física y mental, de la recuperación no traumática para poder expresarse en toda su amplitud y tranquilidad. Con el tiempo, poco a poco, fue cuajando la idea de un Congreso de Cultura Catalana.

MADAME VIT ENCORE

Hacia falta ir tras las propias raíces sin el resentimiento de la lucha inmediata, a través de la razón, con la supervivencia garantizada. Algunos intelectuales abrigaban desde hacía ya bastante tiempo la idea de celebrar un Congreso de la cultura catalana. El decano del Colegio de Licenciados, Ramón Fuster i Rabés, impulsó el año pasado un ciclo de conferencias sobre la cultura catalana en todos sus aspectos. Al finalizar el ciclo redactó una declaración en que destacaba la importancia de vincular la "cultura" con el "país" catalán y añadía que "cuando a un pueblo le falta la oportunidad y la respuesta para hacer oír la propia voz, toda la cultura decae y se empobrece". Sin haber conectado anteriormente, el secretario de la Junta del Colegio de Abogados de Barcelona, Josep Pi-Sunyer i Coberta, propuso el día 28 de enero de 1975 la creación de un congreso "en defensa" de la cultura catalana. La prensa se hizo eco al día siguiente y, de una manera espontánea, sin ser solicitadas, empezaron a llover las adhesiones. La reacción visceral empezaba a organizarse. Las adhesiones, según la periodista Anna Batllebo, han



Ferrater, llevado por un arrebatado de positismo visceral...



Los que volvían, como Pepe Quart, mantenían un espíritu de integridad moral casi olímpica.

sido piramidales; de las corporaciones más populares, al principio, como Asociaciones de Vecinos, etc., hasta los Ayuntamientos, pasando por los Colegios profesionales y entidades culturales de larga tradición como el Ateneu barcelonés. Más tarde fueron acumulándose adhesiones de las comarcas catalanas, de la Catalunya-Nord, País Valenciano, Andorra y las Baleares. Ochocientas son las adhesiones de entidades y más de once mil las individuales. Hasta el momento se han adherido a la idea de celebración de un Congreso once Ayuntamientos catalanes, como el de Gerona, Olot, Vic y Tàrraga. No están el de Barcelona, ni el de Lérida, ni el de Tarragona, ni el de Reus...

El Congreso se celebrará a finales de 1976 y será itinerante, porque es urgente descentralizar la cultura catalana del tentáculo barcelonés. En algunas comarcas, divididas según las antiguas "veguerías", la idea ha cuajado y se han empezado a organizar actos paralelos. El Congreso tiene como base organizativa una mecánica interna democrática. Presidido por un patronato que vincula a todos los países catalanes y en el cual están todos los "premis d'Honor", el Congreso está formado

por una comisión permanente donde están presentes el Institut d'Estudis Catalans, entidades culturales designadas desde el País Valenciano, Andorra, Catalunya-Nord y las Baleares, además de otras entidades culturales y populares significativas, como las tres Universidades, la Federación de Asociaciones de Vecinos, Amics de la Ciutat, Fútbol Club Barça, etc. En diciembre fue elegido el comité ejecutivo, presidido por Miquel Casals Coldecarrera, decano del Colegio de Abogados y formado por el secretario del Congreso, Pi-Sunyer, y por las personas más representativas, por el momento, de todas las entidades adheridas de los países catalanes. El presupuesto de financiación es de doscientos millones de pesetas. Noventa serán invertidos en el Congreso y el resto para una Fundación del propio Congreso. Hasta hoy, el Congreso subsiste gracias a las aportaciones de los Colegios profesionales y de corporaciones como la Asociación de la Prensa o el Omnium Cultural. El Ayuntamiento de Barcelona, hasta el momento, calla y tiene el bolsillo cerrado.

Vinculando, pues, la iniciativa del Colegio de Abogados con la idea de intelectuales independientes y de otros Colegios profesionales, como el de Aparejadores, Ingenieros o Licenciados, está en marcha un Congreso que, para que resulte en un cien por cien, tiene que ser fiel a los postulados de su definición: un Congreso que analice la situación anormal desde 1939 y que formule un programa organizativo de cara al futuro. Como dice en sus objetivos, el Congreso sería el primer paso hacia la "normalización cultural dentro del marco de libertad de una sociedad catalana democrática". Otro objetivo, más subterráneo pero también urgente, es el de descentralización de la cultura catalana. Hay que tener muy en cuenta que la lengua, por lo menos, une a todos los países de habla catalana. Como me decía Jordi Carbonell, uno de los más obstinados defensores de causas que parecían perdidas, estamos ante un contexto que es plural en su base pero unitario en su realidad. Por otra parte, hay fenómenos paralelos que exigen un análisis riguroso y desapasionado. Por ejemplo, la formación en Barcelona de escritores catalanes en lengua castellana, desvinculados de la cultura catalana y extraños, al mismo tiempo, de la cultura castellana. ¿Habrían ido así las cosas si los años decisivos de 1936 a 1939 no hubieran sido tan "decisivos"?

Por otro lado, el Congreso tendría que servir, veremos si para siempre, para clarificar el alcance de la lengua catalana. La euforia "congresista", el afán por recuperar el tiempo y la voz perdidos, no nos pueden hacer olvidar aquellas otras

voces que, con raíces también encubiertas o deterioradas, se han adherido con entusiasmo a pesar de ser voces de las clases marginadas social y culturalmente. Me refiero, es evidente, a los inmigrantes en las zonas industriales catalanas que proceden de otros pueblos del Estado español. Las Asociaciones de Vecinos de los barrios-ghettos más abandonados, como Nueve Barrios, por ejemplo, han dado ya una respuesta entusiasmada al Congreso, tanto si sus habitantes hablan el catalán como si no. En Cornellá, ciudad satélite, cuatro mil personas se reunieron para celebrar a nivel local el Congreso. Fue una gran y alegre fiesta en la que participaron conocidos personajes del barrio, en la que se abogó, pacíficamente, por la amnistía y por la democracia, en la que se recordó la necesidad de vincular, sin hipocresías, a la población emigrada con la cultura del país catalán. Las fotos de Camacho y de Xirinacs presidían este gran acto popular de adhesión al Congrès de Cultura Catalana. Todo un símbolo.

Si el Congrès quiere ser de verdad representativo, lo tiene que englobar todo, absolutamente todo, de la sociedad catalana. Tiene que demostrar, en principio, que la cultura catalana es un producto genuino con profundas raíces propias. No tiene que ser, tampoco, un Congreso exclusivamente literario. A tal fin se han creado 18 ámbitos que van desde el estudio de la estructura docente, sanitaria y social, el Derecho, la ordenación del territorio —que ya ha dado su primera respuesta ante la desvirtuación del plan comarcal como maniobra de los intereses especulativos más regresivos—, economía, los medios de comunicación, hasta el turismo, deporte, antropología y folklore, pasando por la industria, agricultura, el estudio de la lengua, la producción artística, la investigación, la historia y la proyección exterior de la cultura catalana. La presencia de los sectores populares de los barrios obreros y de las comarcas de todos los países catalanes puede dar este aire de renovación, ese impulso hacia las bases de una cultura que, aunque no renuncie a sus propias raíces, a su identidad, formule unos planteamientos absolutamente originales, de acuerdo con la circunstancia de la nueva sociedad catalana. No es un Congreso de élite, no tiene que serlo. El Congreso tendría que ser un proceso abierto, académico y popular, de raíz catalana, capaz, sin embargo, de no encerrarse ante todas las iniciativas culturales de signo universal. Del éxito de este Congreso depende nuestra normalización, depende el inicio de una nueva era que no sea sólo memoria, sino también realidad. ■

MONTERRAT ROIG.